Días de brega

Hay preguntas trilladas
que no faltan en las tertulias
y a pesar de todo
nunca pierden su misterio.

Hoy me he preguntado
como tantas veces
para qué la vida
por qué seguir remando
cuando es tan fácil
dejarse a la corriente
desfallecer en la orilla
donde el hálito se extingue
y la memoria de los cuerpos
se dispersa con la brisa
y se pierde la noción de los días
en esa plenitud
que llamamos muerte.

Por qué despertar cada día
si no hubiese más tarea
que subir la roca del Sísifo.
Pero Camus pensaba
que si la vida fuese absurda
aun así, valía la pena vivirla.

A mis años
cuando se ve de lejos
la región de la infancia
y despuntan
los valles de los últimos días
si cierro los ojos
se condensa la biografía
en unas cuantas estampas
desperdigadas.

A mis años
después de tantas jornadas
reviso el prontuario
y si alguien me pregunta
para qué la vida
bosquejo una sonrisa
y desde mi rincón
en el jardín minúsculo
sorbo sin afanes
mi taza de café.
Si cada copo de nieve
adquiere un trazo singular
nacer a final de cuentas
es ¡acontecimiento cósmico!
irrepetible
en la danza de fractales
del universo en fuga.

He llegado a concluir
sin mayores pretensiones
que detrás del caos
se oculta un orden
que trasciende las leyes físicas
y los altivos balbuceos
de la pequeña mente humana.
Pienso que a lo mejor
no se trata de un orden férreo
ni ajeno al arte
más bien imagino
pinceladas de ingenio
universos incorpóreos
una bondad más que humana
seres de luz
despojados por completo
de la ruinosa piel.
Sospecho
espacios inexplorados
donde el tiempo no es secuencia
donde la distancia no se cuenta
en métricas arbitrarias.

Sé que es asunto controvertido
y a estas alturas
lejos de imponer un prisma
solo dejo constancia

de lo discernido
durante mi breve paso
por esta coordenada del cosmos.

Durante años
abrevé en el numen de filósofos y místicos
surqué sus páginas
buscando senderos
señales para guiarme en la encrucijada
sus palabras de remanso
agitaron mi vértigo
me salvaron del exilio.

De Leibniz aprendí
que en medio del fango de los días tristes
este puede ser
a nuestra medida
el mejor de los mundos posibles.
Pero fueron mis propios atisbos
mis travesías por el mundo
las que me hicieron
por fin
entender el camino del Siddhartha
iluminado en Hesse
y el periplo del Padre Sergio
en la pluma de Tolstói.

Al ver mi cosecha
de buscares eruditos
y de los pasos de mi recorrido
comprendí, que a pesar de los contrastes
los seres que despertaron del sinsentido
inscribieron en su breviario
que entre los abismos
del día que fue
y del que será
perdura el embeleso
de fluir en el instante.

Entonces vivir no es más
brazada a contracorriente
es navegar las aguas
al influjo de los vientos
dejando pasar
lo que va quedando atrás
sin caer en la tentación
de sacrificar este momento
por el afán de conquista
de un mañana incierto.

El *carpe diem*
cómo cuesta entenderlo
no es excusa para postrarse
a los pies de la molicie

desdeñando la siega del mañana
mucho menos es motivo
para bajar la guardia
y mirar de lejos
las infamias de este reino.

Tampoco es mantra
para esquivar las zarzas del camino
simplemente
es ventana angosta
por la que penetra aire limpio
y luz templada
para vislumbrar en la víspera del alba
que la oscuridad de la cueva
y su viciado efluvio
no es el infalible curso de los días.

Memento mori
he ahí el enigma
de este viaje por la espuma
aunque solo sea este trance
muda de piel marchita
metamorfosis evanescente.
Por eso elijo seguir remando
en los mares de esta tierra
hasta que lo permita
mi breve latido.